plicante,—¿salvareis ahora á Juana?.... ¿La salvareis? ¡Prometedme salvarla!.....

—La existencia de la señora de Gordes está en la mano de Dios—replicó el jóven,—antes no esperaba nada; hoy ya espero.

XXXI

Como Máximo Giraud acababa de decir, Dios habia hecho justicia hiriendo á la miserable, para quien la mas asquerosa agonia era un suplicio demasiado suave.

Pero la trágica muerte de Renée colocaba al señor de Gordes en muy difícil posicion bajo diferentes puntos de vista.

En primer lugar, tenia que ocultar á Juana la muerte de Renée, puesto que debia evitarle un golpe mortal y siempre peligroso hasta su completo restablecimiento, suponiendo la posibilidad de éste.

¿Pero como era esto posible?

¿Como arreglarse para ello?

Importaba tambien que la justicia no se mezclase en la muerte repentina de una jóven de diez y nueve años, que gozaba de buena salud, queriendo intervenir y abriendo una informacion pública para saber lo que habia ocurrido.

Inmediatamente, y despues de una larga conferencia tenida entre el señor de Gordes y Máximo, se encontró la solucion al doble problema.

Llamada tambien Genoveva, acudió ansiosa y pálida al saloncito, mientras que el conde la sustituía al lado de Juana.

Asombrada primeramente á la vista del cadáver, se alegró despues cuando supo que Renée habia ya, moribunda, revelado su secreto, y la fiel criada murmuró:

—He leido en un libro santo estas palabras de Dios: *El que á hierro mata á hierro muere.* Lo cual puede tambien significar: *El que mata con veneno con veneno debe morir.* ¡Esta es sin duda alguna prueba terrible de la verdad eterna!.... ¡Cuando se considera que la hermana de la señora era tan hermosa viva, y que ahora es un mónstruo!.... ¡Se parece su cara á la que sin duda era su alma!.....

Genoveva desnudó con algun trabajo el cuerpo deforme y rígido, y con ayuda de Máximo extendió á la muerta en su lecho tapándole la cara con una sábana, sin poder decidirse á colocarle un crucifijo en el pecho, segun le decia el doctor.

—¡Nunca!—dijo.—Hacedlo vos mismo si quereis, señor Máximo.... yo, por mi parte, rehuso hacerlo. ¡Seria un sacrilegio!

El jóven creyó que no debia insistir.

Genoveva dijo al cabo de un minuto:

—¿Qué es preciso decir á las gentes del castillo?

—Ni una palabra—contestó el médico.—Hasta nueva órden todo el mundo debe ignorar lo que aquí ha pasado, y que no entre nadie en este cuarto, para lo cual se cerrarán las puertas.

—Está bien, señor Máximo.....

Habiéndose convenido en esto, el jóven se fué al laboratorio, y Genoveva se volvió al cuarto de la señora de Gordes.

Sustraida Juana á la accion del cloroformo, salia por grados de aquella situacion de profunda torpeza y completa insensibilidad.

Abrió los ojos, paseando una mirada vaga en torno suyo.

El despertar del espíritu tardó mas tiempo que el despertar del cuerpo.

Por último, así como se disipa la niebla al calor de los rayos del sol naciente, así se disiparon las espesas brumas que entorpecian su pensamiento.

Juana sonrió á Raoul.

—He dormido con un sueño extraño—dijo,—me ha acometido de una manera brusca en el momento en que estaba mas despierta.... Se hubiera podido decir que me mandaban dormir. ¿Cuanto tiempo ha durado este sueño?

El señor de Gordes miró el reloj.

—Una hora próximamente—le contestó.

—¿Tan poco? Pues me parece que ha pasado un dia entero.... ¿Donde está el doctor?

Ahora fué Genoveva la que respondió.

—El señor Máximo está en la farmacia, señora, y está preparando una tisana que vá á traer en seguida.....

—¿Y donde está la pocion que debia tomar á las tres?

—Suplico á la señora condesa me perdone.... Porque accidentalmente he roto la botellita....

—Es una desgracia que, gracias al señor Máximo, podrá repararse dentro de un momento—dijo sonriendo Juana.—Por lo tanto no os aflijais, mi buena Genoveva.....

La doncella entonces cogió con tímida y respetuosa ternura la descarnada mano de su ama, apoyando en ella sus lábios.

Al cabo de algunos segundos dijo la condesa:

—No veo á Renée.... ¿donde está?

A esta pregunta, que la obligaba á ir con el pensamiento á donde estaba el espantoso cadáver, tembló Genoveva de piés á cabeza.

Raoul, con un tono que trataba de aparecer tranquilo y natural, replicó.

—¿Preguntas por Renée?... No podrás verla hoy, querida mia.

—¿Por qué?

—Está acostada.

—¿Enferma?—exclamó Juana muy inquieta.

—Enferma no, pero delicada.... Tenia un poco de fiebre al medio dia y es preciso tener prudencia, puesto que el sarampion reina hoy en la localidad y sus alrededores.... El doctor le ordenó que se acostase.... Ella no queria, pero yo he insistido y ha consentido por último.....

—¿Pero tú me aseguras que esto no será nada?—respodió Juana.

—¡Oh! absolutamente.....

—¿Veré mañana á mi hermana?

—Es probable.... á no ser que se declare el sarampion, lo cual no es imposible.

—¡Dios mio!—mnrmuró la señora de Gordes,—¡pero es peligroso el sarampion!

—¡De ninguna manera!.... Nadie muere por ello.... Solo que es contagioso, y por lo tanto es necesario y hasta indispensable que durante algunos dias haya una separacion completa.

En este momento entró Máximo, trayendo una medicina para la condesa.

Esta, despues de haberla bebido, volvió á preguntar.

El doctor confirmó lo que acababa de decir el conde, y añadió que la señorita Leroux presentaba algunos síntomas que indicaban como muy probable la aparicion de la enfermedad en el castillo, y que por lo tanto haria muy bien la señora de Gordes en acostumbrarse á la idea de no ver á su hermana durante una semana y quizá algo más.

El doctor se vió obligado á asegurale más de diez veces que el mal de que se trataba era de los más benignos.

Juana se resignó, y á la mañana siguiente, despues de haber pasado una tranquila noche, supo sin mucha extrañeza que el sarampion se habia declarado; que por lo tanto Renée no podia abandonar el lecho, y que la consigna impuesta por el doctor, impediria hasta el mismo Raoul á que fuese personalmente á enterarse de la salud de la jóven.

Al rayar el dia mandó el señor de Gordes ensillar el mas vigoroso de sus caballos de caza, partiendo á escape á Orleans, donde llegó en menos de una hora.

Dejó en una posada su cabalgadura blanca de espuma, y se dirigió, no precisamente al Palacio de Justicia, sino al domicilio particular del procurador de la República.

Este era un magistrado jóven muy distinguido, de gran instruccion, muy activo, y con una inteligencia de primer órden.

Compañero de colegio de Raoul, tenia con

éste muy buenas relaciones, queriéndole y estimándole bastante, y siendo antes de la enfermedad de Juana uno de los más asíduos y apreciados visitantes del castillo de Gordes.

Raoul le hizo entregar su tarjeta, y á pesar de no ser una hora muy cómoda fué recibido al momento.

—¿Qué motivo os trae á mi casa tan demañana, querido conde?—exclamó el procurador de la República, estrechándole las manos cordialmente.—Espero que, cualquiera que sea el motivo, no tendrá nada que pueda ser desagradable.....

—No es al magistrado á quien me dirijo, es al amigo—dijo el señor de Gordes,—y vengo á pedirle el honor de dos familias, sobre quienes podria recaer una inmerecida vergüenza.

—¿Entonces se trata de una cosa muy grave?

—¡Se trata de una cosa que produce espanto!.... ¡Se trata de un crímen!.....

—¡Mirad lo que decís!—interrumpió vivamente el jóven,—nada del mundo, ni aun la amistad, serán bastantes á detener la accion de la justicia,

—La justicia suprema ha llamado la causa á su tribunal infalible, ha sentenciado y ejecutado la sentencia—dijo Raoul.—Ayer se expió el crímen.... El criminal está muerto.

—¿Quién lo ha matado?

—Dios.

Pasado un momento de silencio, dijo el magistrado:

—Habladme, amigo mio, os escucho.... y si mi deber no se opone á prestaros mi ayuda, contad conmigo.....

El señor de Gordes le refirió el terrible drama que conocemos con todos sus detalles.

A medida que el procurador de la República iba escuchando, palidecia gradualmente, sin ocultar la gran emocion que le embargaba.

Meditó un momento cuando el conde hubo concluido, y dijo despues:

—Habeis hecho muy bien en venir, y os marchareis tranquilo.... Os conozco lo bastante para poder creer firmemente que es verdad todo cuanto acabais de decirme.... Ya lo habeis dicho; la justicia divina qne nos ha de juzgar á todos, ha obrado. La muerte de la envenenadora nos deja desarmados, y la justicia humana no tiene nada que ver en esta tragedia de familia... No habrá informacion judicial. Dejad correr el rumor de que vuestra cuñada ha muerto de muerte natural... Proceded sin ningun temor al sepelio .. Salvad á la señora de Gordes, y atestiguadle la seguridad de mi profundo respeto.

Raoul manifestó su gratitud al magistrado, cuya inteligente bondad le sacaba de un com-

promiso que podia llegar é ser muy sério fácilmente, volviendo á tomar con la misma rapidez el camino del castillo.

Llegó en el momento en que el doctor acababa de anunciar á Juana que Renée tenia el sarampion.

El conde abrigaba el temor de recibir en este dia la visita de Lazarine.

Si la marquesa de la Tour du Roy llegaba al castillo, segun tenia anunciado, ¿qué decirle?

¿Como explicarle la reclusion de Renée en su cuarto por razon de una enfermedad tan repentina y tan inverosímil? ¿Sobre todo, como convencerla de esto?

Y si insistia, despues de todo, en ver á su hermana, ¿como disuadirla de su intento?

¿Seria preciso tambien contarle la misma historia que acababa de comunicar al magistrado?

Por una feliz casualidad no tenian razon de ser ninguna de estas preocupaciones.

Sería próximamente al medio dia cuando llegó un correo de la marquesa, que era portador de una carta de la misma.

La carta, que iba dirigida á Raoul, estaba concebida en los siguientes términos:

"Querido hermano:

"*Una circunstancia importantísima que nadie absolutamente podia prever y que seria muy*

largo explicaros, me obliga á partir al instante á Paris, sin darme tiempo de pasar por el castillo de Gordes.

"*Me espera el coche. Abrazad en mi nombre á mi querida Juana, hacedlo tambien con Renée, y no olvideis de que deseo saber todos los dias de Juana.*

LAZARINE."

La marquesa de la Tour du Roy no vendrá.

Todo, pues, se allanaba.

Raoul dió un suspiro de consuelo.

Una hora despues contaba Genoveva en la reposteria que la señorita Renée habia caido enferma la víspera por la tarde y que su estado inspiraba algun cuidado al médico, el cual habia mandado que se le aislase por completo, porque su mal era contagioso

A la noche (siempre segun informes de Genoveva) el mal habia hecho grandes progresos y el doctor desconfiaba de poder salvar á la enferma.

A la mañana del dia siguiente no hubo nadie que se sorprendiera al saber que la señorita Leroux habia muerto en aquella noche y que se ocultaba la noticia á la señora de Gordes, muy delicada todavia para poder soportar semejante noticia.

Nadie queria á Renée.

Entre aquella multitud de servidores, no hubo quien se tomase el trabajo de fingir un sentimiento que no tenia.

Genoveva quiso por sí misma depositar el cadáver y coser el sudario que debia ocultar aquel rostro corroido y amoratado por el veneno.

El entierro tuvo lugar sin ninguna solemnidad, casi sin testigos.

No se invitó á nadie.

Los cánticos de la iglesia no acompañaron al féretro cuando éste salió del castillo.

El silencio era necesario.....

Juana no debia enterarse de nada.

La pobre niña, en efecto, no sabia nada absolutamente de lo ocurrido, y preguntaba todos los dias por su hermana.

—Está mejor—respondia siempre el médico, —pero será larga la convalecencia.

La condesa entró en el período de la suya.

A no ser que sobreviniese una complicacion imprevista ó un accidente, que no era probable, estaba asegurada su curacion.

XXXII

Lazarine como anunciaba en su carta al con-

de de Gordes, habia partido á Paris la mañana siguiente á la del incendio.

No podia ni queria estar una hora mas en el castillo de la Tour du Roy, porque un terror supersticioso le presentaba á sus ojos como una mansion de ódio.

Durante toda la noche habia creido ver al pié de su cama el fantasma de su amante quemado vivo.....

Hacia inútiles esfuerzos por demostrar su inocencia.....

En vano repetia que una casualidad independiente de su deseo se habia encargado de pegar fuego.

Su conciencia le decia que no habiendo dado un grito de alarma y no llamando á Marcelo, se habia hecho cómplice de las llamas que devoraban la casa Bréchu, y que habia cometido un infame asesinato sin que tuviera ninguna circunstancia atenuante.

Como consecuencia de esto era su marcha, ó mas bien su huida; pero conociendo el carácter de la marquesa, y aunque la impresion que hubiera podido causarle el drama que se habia desarrollado ante sus ojos fuese profunda, se borraria bien pronto, desde el momento en que se alejase de aquel sitio.

Por otra parte, semejante al preso que acaba de romper sus cadenas, Lazarine aspiraba en